

# El "apolo" que surgió del frío

Eliseo H. FERNÁNDEZ VIDAL<sup>1</sup>

<sup>(1)</sup> Plaza de las Angustias, 4, 2º; 15403 Ferrol (La Coruña)

**Resumen:** Lo que sigue es un cuento, una breve contribución al apartado 'Los insectos y la literatura' en forma de modesto ejemplo gráfico. Es también el resumen de una experiencia entomológica guiada por la fascinación que a tantos de nosotros ha tocado (al menos en alguna ocasión). Hechos, personajes y opiniones, son reales.

## I

Siempre he desconfiado de los que no están en esto por otra causa primigenia que no tenga su origen en la pura y simple fascinación. Basta con que se me alegue cualquier otra motivación, por muy científica o racional que sea, para advertir meridianamente que estoy ante quien, o se engaña a sí mismo o no es uno de los nuestros.

Los que nos hemos sentido fascinados desde el principio, no estamos en ello por alarde alguno ni siquiera satisfacción. Hemos sido fascinados, esto es todo. Todo lo demás es circunstancial.

Y es esa fascinación determinante en nuestra vida, a lo largo de toda la consciente, o durante un significativo periodo. Pues poco importa a qué edad hemos sido fascinados. Conozco quienes lo fueron al mismísimo filo de su jubilación y a quienes lo fueron durante el estadio preimaginal. Como sé de quienes arrastran su fascinación por todo un cieno de carencias, ilusiones e incomprendiones, formado por los detritus de antecedentes servidumbres creadas por ellos mismos, aunque ajenas al asunto: son éstos los más desdichados; como, naturalmente, también de aquellos que han podido, o sabido, hacer de esa fascinación su 'modus vivendi': son éstos los más dichosos.

Pero, como toda seducción, ésta también tiene sus riesgos, inconvenientes, miserias, sus implícitas renunciaciones a mucho de lo que, los que no son de los nuestros, definirían de 'vida normal'. Y como no se puede luchar contra un encantamiento, tratamos de llevarla lo mejor que podemos y hacer de ella vocación.

No admito controversia alguna al respecto, ni siquiera discusión. Me consta que llevó razón, aunque el asunto sea poco razonable. Y por esto asqueo a los impostores que tratan de romper nuestras filas, figurar como renovadores, o racionalizadores, con su, a menudo, sobrantería de perversidad, incapacidad, mediocridad, y sus inquisitoriales dictámenes; ilusos que, no habiendo sido fascinados, quizás nunca por nada ni nadie, pretenden domar algo que no alcanzan a colegir en su naturaleza de hechizo e inexplicable predestinación.

Y sé muy bien de qué hablo porque conozco sobradamente el fenómeno, que no es patrimonio de ninguna clase de persona. Reconozco a la legua a quien participa de idéntica fascinación que la que le hizo posible escribir al admirable Alfred Russel Wallace: '...Aquella noche el pueblo de

**Dobbo albergó por lo menos a un hombre feliz.'** (1), recordando la captura de la *Ornithoptera priamus poseidon* en la isla de Aru; o el glorioso y famoso párrafo de esa misma obra: '...y sólo un naturalista puede comprender la excitación que sentí... el corazón me empezó a latir con violencia, la sangre se agolpó en mi cabeza y estuve mucho más próximo a desmayarme que si me hubiera asaltado el temor de una muerte inminente. Tuve dolor de cabeza el resto del día...', (y permítanme que siga con la transcripción del original...), '... so great was the excitement produced by what will appear to most people a very inadequate cause', sobre la primera captura de su *Ornithoptera croesus* en Batchian; o la sensación que hizo sentir Joseph Conrad a su personaje Stein: '... ¡Cómo empezó a latirme el corazón!... sentí que la cabeza se me iba y se me aflojaban las piernas con la impresión, hasta el punto de tener que sentarme... Precisamente había estado yo deseando con toda mi alma poseer una muestra como aquella de tal especie, cuando me empleaba el profesor para coleccionar por su cuenta. Por ella emprendí largos viajes y pasé grandes privaciones; en sueños la vi más de una noche...' (2), evidentemente concebida por la lectura del anterior pasaje citado del libro de su amigo Wallace, o quien sabe si por su propia sugerencia...; o la expresión que plasmó Carl Spitzweg en el rostro de su Schmetterlingsfänger (3); o...

¡Cómo no voy a saber de qué hablo! Por fascinación comienza todo y mientras ésta persista no hay nada ni nadie que nos haga separarnos del camino. Podemos derivar hacia las más serias, laboriosas y sofisticadas investigaciones, o sostenernos en el simple coleccionismo, algo que, en todo caso, será circunstancial. La fascinación lo dirige todo, perdámosla y todo quedará relegado a la nada, como si lo hubiéramos soñado, y al poco, tendríamos la extraña sensación como de haber traspasado otra juventud...

¡Qué lejana nuestra motivación de la oscura e inquietante viñeta de Eglesfield! (4). Pero así nos ven nuestros enemigos.

Y el caso es que, tal como al ingenioso hidalgo de La Mancha, si podemos perturbarnos. Pero digamos que, en mi caso supe cuidarme de no llegar a ese nebuloso límite. No, nunca lo he cruzado, aunque por la *Parnassius apollo* estuve



cerca, aunque conozco casos... Cándido nos contó uno: 'MI única perturbación mental, según mi mujer, es Parnassius Apollo...' (5).

Y así, confesando a priori a qué clase de gente pertenezco puedo empezar a contar, sin más ambages, esta historia.

## II

¿Y de la mariposa de Apolo, qué?  
Pues de la mariposa de Apolo, nada.  
No ha sentado sus reales jamás  
por estos contornos...

(A. FERNÁNDEZ, 1935).

Fue el 27 de Marzo de 1982. Puedo asegurarlo porque lo dejé anotado en mi cuaderno entomológico de ese año: 'Esta tarde he conocido en persona a Vicente Expósito. Lo he visitado en su casa de Fuenlabrada, pasando con él y en compañía de Marga, su amable esposa, y una pareja de simpáticos vecinos, unas amenas horas. Hablamos sobre todo de meigas y conjuros gallegos y, naturalmente, de mariposas. Me regaló un montón de ejemplares...' (A estos cuadernos, desde la niñez, los he intitulado 'Notas de caza' -lo de 'Cuadernos de campo' vino mucho después, yo creo que fue por culpa del inefable Félix Rodríguez de la Fuente. No obstante no les era impropio mi título, pues en ellos no todo va de campo: me contaba precisamente Vicente entonces aquello que solía repetir el querido y malogrado Dr. Gómez Bustillo, con más razón que un santo, de que las mejores capturas no se hacen en el campo sino en las colecciones de los colegas... 'Notas de caza' pues...)

En fin, recuerdo que a la sobremesa discutimos, con los libros desplegados y a pie de urnas, sobre la bondad taxonómica de ciertas razas ibéricas de la *Parnassius apollo*.

¡21 ya! ¿Exageración o realidad? Y yo conté lo que me dijo Murciego cuando, en mis 'principios', me envió un glorioso día un gran lote de 'apolos', ¡los primeros ibéricos en mi colección! '¡Cuidado! No los mezcles sin antes etiquetarlos bien según procedencias geográficas o no sabrás, salvo el nevadensis, a qué raza pertenece cada uno...! Y que aún en 1935, el Padre Ambrosio 'andaba' en búsqueda de una quinta raza ibérica de la especie... (6). ¡Y ahora ya 21...! Y lo que vendrá, suponia, etc.

Cuando señalábamos urnas e ilustraciones del 'apolo' metió baza Tomás, el simpático vecino. —Lo aprecio mucho, me había dicho sobre él Vicente, en un aparte —es un lego en mariposas pero lo llevo de acompañante, sin esforzarlo mucho, le conviene airearse, moverse un poco, el pobre chico está tocado del corazón, algo muy serio...

—Esa vuela en una montaña que hay frente a mi pueblo. Dijo Tomás.

—Cállate, que tú de esto ni idea. Le reprobo cariñosamente Vicente. —Si éste es de un pueblo de Ávila, más allá de Gredos... Siguió diciendo dirigiéndose a mí, y de nuevo a él. —Mira, éstas son las que viste por allí. Le señalaba la *Pieris brassicae*, la *Aporia crataegi*...

—¡Qué no, qué no! Esa otra con esos grandes lunares rojos.

—¡Imposible!

Y entonces peroré yo mismo: que si el Padre Ambrosio no la había encontrado por allí, que si Rougeot & Capdeville, que si fulano, que si mengano... que si nadie de nadie la habían encontrado más allá de las estribaciones del Guadarrama, y un montón de gente la habían buscado a conciencia, que si era muy fácil la confusión tratándose de un lego... etc. El pobre Tomás quedó agobiado.

—Allá vosotros. Dijo sumiso pero nada convencido. —Deberiais ir por mi pueblo a por esa mariposa. Allá vosotros.

—Sí hombre, ya iremos un día a conocer tu pueblo, pero a lo que es por el 'apolo'... Sentenció Vicente.

Cuando llegó la noche se habló también de meigas en aquella ocasión.

—Todo está escrito. Aseveré yo, —el intrínquis es saber leerlo. Si conoces cómo, el pasado y el futuro no tienen secretos. En Galicia hay una clase de gente especial que sabe hacerlo; esto y otras cosas, os voy a contar... Miran, por ejemplo, a los ojos de una persona y ésta se les transparenta como si fuera de cristal, ven sus recuerdos, sus pensamientos..., he conocido a más de uno entre mis paisanos con tales facultades, podéis creerme... Si yo fuera uno de ellos no tendría más que mirar en los ojos de Tomás y sabría si lo que él vio en esa montaña era el 'apolo'...

## III

P. apollo en 1995:

Categoría E. P., Leyes: C. B. II, D. H. 4, CITES 2. Categoría P. E., Ley: M.2/91, Categoría PRO, Ley: CAT/93 (Y lo que te rondaré, morena...). (Y la pura realidad: especie común y abundante en, prácticamente, todas sus localizaciones ibéricas). (Estatus de protección real: reliquia glacial de amplia distribución ibérica, sólo amenazada, por exclusiva acción antrópica, en escasas localizaciones, donde se debe proteger).

Ciento veinte meses después. Y hasta aquí hemos llegado. Proteger antes que conocer, es la norma. Todo en peligro, o al borde, de extinción, es la moda. Se han protegido

hasta especies que constituyen plaga en muchas áreas. Mi amigo Vicente ostenta un curioso récord, posee el único ejemplar de cierta especie de licénido capturado por él mismo en la Comunidad Autónoma de Madrid, ¡una sola cita!, y gente que ni siquiera ha visto nunca un ejemplar de la misma, asesorada por grillos cantamañanas muy, poco, o nada cualificados (a los 'muy' les hacía yo comerse el Boletín entero aliñado con un poco de aceite de ricino, para que no se indigestaran), la han metido en cierta chabacana ley, en no quiero recordar qué categoría de protección... Hasta esto hemos llegado, hasta la entomología de 'papelín' oficial.

Pero a pesar de ley(endas)es y gaitas sin fuelle aún estamos a flote, navegando por los mares de aquella fascinación en búsqueda de islas vírgenes y prodigiosas.

Y, estando yo en demanda de un puerto ajeno al 'apolo' me encontré con la reseña de una ignorada población suya en un, igualmente ignorado, escrito del insigne Graells (Don Mariano de la Paz, sí, el de la *Graellsia isabelae*, entre otras joyas): 'El extremo occidental del valle Amblés, al pie del puerto de su mismo nombre y de la alta montaña llamada Serrada, es un excelente centro de operaciones para botánicos y zoólogos. Por esta causa la Sección se detuvo en Villatoro... El *Parnasius* (Sic!) *Apollo* abundaba como en Peñalara...' (7).

¡Sería posible que ahora, nada menos que ciento y pico (de ave de Cunqueiro) años después todavía anduviese el 'apolo' por allí!

Cuando le escribí, yo no recordaba ya para nada lo de Tomás. Vicente me telefoneó nada más recibir mi carta...

—¿Recuerdas a Tomás? Me inquirió.

—Sí, el vecino aquel tuyo. ¿Qué fue de él?

—Murió el pobre, del corazón, pocos meses después de tu visita. Antes le prometí visitar su pueblo, pero nunca fui. ¿Qué se me perdía a mí por allí? Y luego, a sus padres, visitar su tumba, pues para allá se lo llevaron... Siempre tuve la intención de hacerlo, pero luego entre unas cosas y otras fue pasando el tiempo, los años, y hasta hoy...

—¿Y qué? Lo siento por él, aunque fugaz tengo buen recuerdo suyo... pero no entiendo...

—Pues que voy a tener que ir ahora a su pueblo, por narices...

—¿Y eso?

—Su pueblo es Villatoro...

Me quedé pasmado. No me cupo duda que se trataba de la llamada de un muerto...

—¿Y tú crees...?

—¡Seguro! Estaba escrito que tendría que ir a ese pueblo.

Yo no pude hacerlo por entonces porque no sólo navegaba los mares impuestos por aquella fascinación sino también los reales, los auténticos de H<sub>2</sub>O salada y tan hipnotizantes como los otros, en 'vigilancia de costa y pesca', y en puerto 'listo para desempeñar comisión en cuatro horas'... Así que tuve que dejarle todo el trabajo a Vicente, aunque no es propiamente trabajo lo que está dominado por el ansia que surge de aquella fascinación, porque él como yo, seguíamos bajo su influjo. De no ser así no hubiera sido posible...

Vicente fue, naturalmente, a Villatoro aquella misma primavera para iniciar la 'busca y captura'. Lo primero que hizo fue visitar a los padres de Tomás y juntos fueron a ponerle flores en su tumba. Me confesó que había sentido que en todo aquello había como una llamada de ultratumba...

El campo allí no parece castellano, todo es verde, huertas, prados, chopos, zarzas, robles, y hacia el Sur nieve: La Serrada, que ahora llaman La Serrota ¡quién sabe por qué!



Víñeta de Eglesfield, en 'Penthouse'

Y al fondo de todo las majestuosas cumbres de Gredos. Por la carretera el run-run de los motores de los camiones que llevaban cerezas del Jerte al mercado de Madrid. 'Una montaña que hay frente a mi pueblo'.

No fue fácil. Hubo un momento, durante el segundo año de búsqueda, en el que llegué a creer que el 'apolo' se había extinguido en La Serrota antes de que lo protegiera un Boletín Oficial.

Fue de Vicente todo el mérito, repito, él lo buscó con tesón. Lo mío sólo había sido casualidad, un pedazo de queso rancio que encuentra un ratón de biblioteca. Aunque creo que todo estaba escrito, que fue como la penitencia que se nos hizo pasar por no atender a Tomás de vivo, ahora era la llamada de un muerto: ¡Buscad malditos!

—No. Me decía Vicente. El lugar está virgen, no hay polución, no se advierte que hubiese habido incendios, no hay nada que haga pensar por qué se hubiera tenido que extinguir. Pero no aparece...

Recorrió todos los cordales de La Serrota. Horas y horas oteando las laderas con unos pesados prismáticos 7x50, día tras día. A mediados de Julio dejaba la búsqueda hasta la primavera siguiente.

—Los brazos se me cansaban tanto de sostener los prismáticos horas y horas que Marga, advirtiéndolo y viendo que no me sacaría de allí hasta aparecer el 'apolo' me regaló por mi Santo unos de esos compactos, tan pequeños que no pesan nada pero cuestan un riñón...

Y al siguiente año, por fin, un primer ejemplar solitario, una hembra. Y otro más días después, un macho. Escaso botín para todo un trienio pero ¡había aparecido el 'apolo' de La Serrada! Y por lo que parecía no eran como los del Guadarrama. ¿Otra nueva raza quizás? Había que conseguir más ejemplares, dar con la colonia si ésta existía. Se había colectado una pareja...

—Por el hilo se saca el ovillo. Andas cerca de la colonia, está a caer. Le decía yo animándolo.

Pero no, negativo a tope. Al siguiente año un solo ejemplar, un ajado macho. La decepción. ¿Sería posible que estuviéramos ante los últimos mohicanos, digo 'apolos', de La Serrada? Confieso que yo hubiera abandonado. ¡Sólo tres ejemplares! ¡A menos de uno por año! ¡Era demasiado!

Di a conocer el hallazgo del ignorado trabajo graellsiano que, entre otras cosas, incluía la antigua cita del 'apolo' de La Serrada, así como el de los escasos ejemplares obtenidos ahora (8). Era mi colofón al asunto.

Pero Vicente no desfalleció. Al año siguiente, cuando yo creía ya que había abandonado y no se ocupaba más del asunto, la gran sorpresa: recibí a mediados del verano un paquete suyo. ¡47 'apolos' de La Serrota! 'Te envío la mitad de lo colectado en los cinco días que fui allí después de encontrar la escondida colonia', decía en su carta (no quiso, a propósito, darme la noticia por teléfono, para que mi sorpresa fuese aún mayor), y seguía diciendo: '...es abundante. Sólo colecté una pequeña parte de lo visto, hembras muy pocas por si acaso...'

—Desistía ya. Éste será el último día. Me contó después. —Era ya tarde, regresaba por una pista que nunca había 'trillado' y de pronto: ¡un 'apolo' en lento y majestuoso vuelo! ¡Otro! ¡Y otro! ¡La colonia! ¡La fascinación...!

Lo sabía, lo sabía. Carreteras, caminos modernos, ¡qué equivocación! El antiguo, olvidado y casi borrado camino de mulas. ¿Por donde si no iba a subir la Sección de Graells por aquel entonces? Se hubiera podido ir derecho a la colonia desde el primer día... Y satisfacción, porque no es nada fácil encontrar el viejo camino de mulas. Los ávidos colectores que nos sigan, con un objetivo muy diferente al nuestro, me consta que así será por desgracia, no lo tendrán fácil, y éstos serán en su mayoría de los que no pasan años buscando, de los que van a terreno abonado, a tiro rápido, de los que no han sido suficientemente fascinados..., pues ¡buscad malditos!

A partir de entonces comenzamos, verdaderamente, las comparaciones del material obtenido. Efectivamente, se trataba de una nueva raza, consecuencia del aislamiento forzoso a que se había condenado esta población merced a avatares climatológicos, seguramente miles de años sin entrar en contacto con otras poblaciones de la especie, una nueva subespecie verdadera, muy bien caracterizada, muy bonita con, al menos, un detalle único entre los 'apolos' ibéricos. Pero todavía le exigí a Vicente un último esfuerzo, al menos otro año, para estudiar, siquiera someramente, su variación interanual...

Así fue. Ya a tiro fijo (ganado a pulso). En la primavera del 93 estaban allí los 'apolos' esperándole. La colonia seguía boyante, quizás como en la época de Graells, ¡quién sabe!

Preparamos la descripción del nuevo taxa. Enviamos el trabajo para su publicación. El asunto se demoró en ver la luz dos años; aún ignoro el porqué, aunque me lo imagino... Por fin, el *Parnassius apollo graellsi* Fernández & Expósito, quedó en letra impresa en junio del 1996 (9).

Recibí algunas cartas al respecto. La mayoría solicitándome material (repartí alguno típico entre los viejos colegas de probada fidelidad). Una de tales cartas era insultante, de uno de esos odiosos comerciantes de insectos sin escrúpulos, que tanto abundan ahora (¡qué diferencia con aquellos de otrora: Querci, Marten...!), que brujulean amparados en permisos legales, licencias obtenidas en los despachos de los políticos (que es sólo donde se manejan bien): '...te puedo ofrecer hasta 450 pesetas por pareja de calidad Al o enviarte a cambio material exótico muy raro y valioso...', la tiré a la papelera, naturalmente. En otra, que siguió idéntico destino,

un inmodesto desconocido que se jactaba de 'especialista', me exigía: '...ya que yo tengo seguramente la mejor colección de parnasidos (Sic!) de España no debería (Sic!) faltarme esa forma graellsi (Sic!) que has escrito (Sic!) de la que necesito al menos veinte (Sic!) parejas perfectas (Sic!). No envíes material defetuoso (Sic!) ni gastado que te lo devuelvo... estoy a punto de recibir material de apolos exóticos (Sic!) de todo el mundo y te mandaré algo de lo mejor...'. ¡Auténtico, créanme! Aunque las más eran muy razonables: '...mucho te agradecería si te es posible...', '...con una pareja tengo suficiente'. Salvo de algún que otro añejo colega, no recibí ninguna loatoria por el descubrimiento...

Sé que alguna gente se dejó caer por La Serrota, supongo que sin éxito. ¡Buscad malditos! Un alemán me escribió, en mal inglés, que si se pasó dos días por allí y del 'apolo' nada, que si le hacía un plano..., pero así, sin ninguna referencia acerca de su propia honestidad científica, va de culo el teutón... ni siquiera encontré su nombre en ningún directorio... ¡Buscad malditos!

No me fue dado el desplazarme personalmente a La Serrota hasta el 95. Allí me esperaba la 'forma graellsi' boyante y esplendorosa. Recorrí la colonia con respeto, casi con recogimiento como si accediera a un templo; de cada cuatro ejemplares avistados recogía uno si me era posible y no podía evitar la sensación de estar robando en los cepillos de aquel templo... En mi descargo hice votos, a modo de plegaria al Dios de la Naturaleza, para que dentro de otro siglo y medio siga existiendo aquel lugar tal cual yo lo he conocido... Y al bajar, temía encontrarme con otros colectores, seguramente menos respetuosos... porque, esa colonia, naturalmente, no es propiedad de nadie y menos mía... Hubo un momento en que pensé en no darla a conocer, pero sería demasiado oscuro y además venció mi vanidad...

No volví ni pienso hacerlo hasta dentro de unos años. Vicente, que la tiene mucho más cercana que yo, sólo la visitará uno de cada tres años. Suponemos que así no influiremos demasiado negativamente en ella, que no pueda decirse que ha declinado por nuestra culpa. ¿Y si la encuentran otros...? Es de suponer que tal será y habrá que asumirlo, no se puede pretender una colonia de 'apolo' particular... pero, por nosotros, su exacta ubicación permanecerá en secreto.

Y los demás ya lo saben, está en la inmensa área de La Serrota ¡a buscar! No damos otra pista, el antiguo camino de mulas. No les será nada fácil ni cosa de días, que abandonen los del 'vini, vidi, vinci', los lugareños no saben de cual se trata, y es que hay muchos pero sólo uno lleva a la colonia; la clave no está en los libros ni siquiera reseñada en el antiguo escrito graellsiano, no está al alcance de los acelerados 'listillos', pero está en alguna parte...

Y si hay quien busca y encuentra, seguro que se tratará de un fascinado de los de nuestra clase, no habrá pérdida, sabrá sin duda comportarse...

Quizás pequemos de ingenuidad creyendo que así, sin otros datos, esa colonia estará menos amenazada que si puntualmente se protege por decreto en un 'papelín' oficial, aunque, ¿para qué preocuparse? ¿Acaso, en el papel, no lo están todas las del 'apolo' ya?

Pero recuerdo ahora el chalet de un capitoste, con piscina y canchas de tenis, que estaban construyendo en pleno meollo de otra colonia de 'apolo', ésta sí exhausta y residual, cruzada hace años por una magnífica carretera por donde pasan las vueltas ciclistas, en cierto proyectado (con todo el morro) parque natural, en cierta serranía española; y el 'Aula de la Naturaleza', ya se sabe para lo que sirven esas

